

CAPÍTULO II

LA PEDAGOGÍA

1. El ideal humanista	27
2. La educación como proceso total	29
3. Ventajas de la escuela pública	30
4. Importancia del hogar	32
5. La escuela elemental	34
6. La escuela de gramática	37

CAPÍTULO II

LA PEDAGOGÍA

1. El ideal humanista

La preocupación de Quintiliano por el hombre es la misma de los sofistas griegos, iniciadores de una época en la historia de la educación, y de la filosofía después de las indagaciones presocráticas sobre el cosmos.

Como ellos, Sócrates centraba su afán en el hombre, porque la naturaleza no le decía nada, y el diálogo con los otros era una fuente de sabiduría. Él había frecuentado las escuelas de los sofistas, era calificado de sofista por Aristófanes, quien así lo presenta en *Las Nubes*; pero mientras que la sofística educa al ciudadano, sinónimo de orador y estadista, como hacían Protágoras y Gorgias, el filósofo se dirige a lo trascendente; y aunque no desdeña el arte de la palabra, para él la verdadera educación está en la filosofía, cuyo fin es un conocimiento superior y la conducta moral.

La educación en Roma forma el cuerpo y la mente dirigidos al servicio de la ciudad o del Estado, aunque aparece un movimiento humanista fomentado por las primeras relaciones con la cultura griega, cuya literatura, ciencia y filosofía eran miradas con recelo por los romanos de la vieja escuela. Catón, el más empecinado, decía: "Creedme, mis palabras son proféticas: cuando esa raza nos dé su literatura, lo romperá todo", si bien en su vejez aconseja que se eche una ojeada a la literatura griega, pero no estudiarla profundamente.

Pero los sofistas no educan solamente para el foro y la política, y en Isócrates, discípulo de ellos, la retórica, considerada como una filosofía práctica de la vida, quiere formar el carácter, un juicio sano, y desarrollar el lenguaje, la palabra plena de sentido, mediante el arte del discurso, para la grandeza griega y un ideal panhelénico. Tal educación es ya un humanismo como conjunto sistemático de conocimientos esenciales, no meramente técnicos, que concurren a la plenitud del hombre culto.

Todo esto se incluye en la teoría de Quintiliano, restaurador de un humanismo ciceroniano que no rechaza la formación profesional porque su orador ejerce un oficio y posee conocimientos generales propios de un hombre culto.

La idea fundamental de las *Instituciones oratorias*, obra llamada también *La educación de un orador*, es que la retórica forma parte de la educación, cuyo

fin es el hombre, pues si lo educa para ciudadano, sobre todo lo educa para que sea un hombre.

La obra constituye una pedagogía y una retórica insertas en el mundo cultural de la época, pero de mayor alcance para los intereses del individuo y de la sociedad. Consta de doce libros, de los cuales el primero trata de la educación elemental del niño; el segundo se refiere a su formación en la escuela de retórica. Los demás libros la enseñan, contienen una crítica literaria y finalmente consideraciones sobre la vinculación de la retórica con la filosofía.

2. La educación como proceso total

Los predecesores de Quintiliano daban por supuestos los estudios que llamaríamos primarios a cargo del gramático, antes de que el alumno fuera recibido en la clase de retórica; pero nuestro preceptista no da por supuesto nada, porque la gramática no se halla separada, sino que es una parte de la retórica. Él sigue al orador desde la cuna, vigilándolo cada día, porque si “la manera de colocar el vástago determina el desarrollo del árbol”, las primeras motivaciones engendran actitudes de la personalidad futura. “Naturalmente —dice— conservamos lo que aprendimos en los primeros años, como las vasijas nuevas el primer olor del licor que recibieron”¹. Así, las *Instituciones*, compañeras del hombre desde el nacimiento hasta

¹ *Instituciones*, I, cap. I, 2.

el término de su carrera, afirman la unidad del hombre, quien no puede recibir con beneficio un saber fraccionado en cada una de las épocas de su vida, porque los estudios, aun los especializados y superiores, dependen del desarrollo de todas las facultades del ser humano, iniciado en la niñez, continuado en la juventud y madurez. Como prescindir de los primeros años daña todo el proceso educativo posterior, Quintiliano comienza por educar al niño, pues la infancia es la edad más propicia al educador, quien penetra en la índole, ingenio y posibilidades del niño.

3. Ventajas de la escuela pública

Después de estas consideraciones se plantea una cuestión previa de importancia: si la enseñanza debe ser doméstica o pública ².

Hasta Vespasiano la enseñanza fue doméstica en Roma, bajo la dirección de padres y preceptores, más a cargo de los preceptores, porque no todos los padres hacían como Catón el Viejo, quien había escrito para su hijo pequeños libros de agricultura, derecho, arte de la guerra, medicina y retórica, dialogando con él a fin de que aprendiera mejor los rudimentos. Esto no quiere decir que no existieran escuelas privadas durante la República; pero eran muy elementales y

² Educación doméstica, no privada, pues Quintiliano defiende tanto la educación pública como la privada frente a la educación doméstica, que le parece insuficiente.

aisladas. La cuestión surge cuando el niño pasa de la educación doméstica a la escuela elemental.

Muchos vieron en la enseñanza doméstica una manera de protegerlo del influjo malsano de la escuela pública, donde maestros y discípulos escapan al contralor diario. Además, decían, el preceptor se halla más cerca del discípulo y puede dedicarle mucho tiempo y cuidado. Quintiliano expone los beneficios de la enseñanza pública, como la relación de los alumnos, el diálogo entre ellos, la emulación que mueve a superarse, el medio mental que hace más estudioso al maestro porque quiere comunicarse mejor con todos. En la escuela las sensaciones son más vivas que las de un ambiente solitario, y la atención de un alumno sostiene la atención de los demás. También colaboran todos, y todos aprovechan los esfuerzos de la inteligencia dirigidos al conocimiento de la verdad.

En la escuela pública hay procedimientos hábiles, como el orden de los bancos, despertar la codicia de los primeros lugares según el mérito de cada cual, y decir el maestro alabanzas prudentes sin olvidar la censura oportuna. Además el niño se familiariza con los hombres, no se asusta delante de ellos, huye del retiro, explaya su ánimo, va conociendo sus alcances y limitaciones, pues quien no se compara con nadie acaba por darse siempre la razón y creer que es superior a los demás. Las amistades trabadas en la escuela duran hasta la vejez, robustecen las buenas costumbres adquiridas con otros durante los primeros años. Los maestros hablan con mayor eficacia delante

de muchos alumnos que ante uno solo, pues cuando escuchan, la impresión causada por las imágenes y la elocuencia, traslucida en sus rostros, estimula al maestro, quien, al mover los ánimos, está ya enseñando el arte de la persuasión. “Si el hombre no tuviera sino otro con quien comunicar —dice Quintiliano—, no habría elocuencia en el mundo”³.

4. Importancia del hogar

Pero la primera educación debe darse en el seno de la familia, con cuidadosa elección de las ayas y compañías, cuyas costumbres y manera de hablar influyen sobre el niño, sabio consejo que desoyen muchos. Estos indiferentes no saben cuán destructivo es el poder de un medio familiar donde todos los días las palabras obscenas, los malos ejemplos, las trivialidades de los mayores van creando en el niño hábitos perjudiciales por imitación.

El medio familiar imprime su sello en el hombre, pero importan las cualidades individuales, porque lo esencial es su capacidad de aprender, mejorar y alcanzar un pleno desarrollo por la educación, según el optimismo del famoso pasaje en el libro primero: “Nacido el hijo, conciba el padre las mayores esperanzas, pues así pondrá mayor esmero desde el principio. Porque es falsa la queja de que son raros los que pueden aprender lo que se les enseña y que la

³ *Instituciones*, I, cap. II, 2 *in fine*.

mayor parte por su rudeza pierden tiempo y trabajo, pues hallaremos por el contrario en los más facilidad para discurrir y aprender de memoria, como que estas cosas le son al hombre naturales. A la manera que la naturaleza crió para volar a las aves, a los caballos para la carrera y para embravecerse a las fieras, no de otra suerte nos es peculiar a los hombres el ejercicio y perspicacia del entendimiento, por donde tenemos al origen del alma por celestial”⁴.

De los padres exige erudición y sabiduría. Pondrán mucho empeño en la educación de sus hijos quienes no tuvieron la dicha de aprender. La preocupación de Quintiliano ante la torpeza de los padres se origina en que, no debiéndose dejar todo a cargo de los maestros, es necesario instruir y educar a los padres, darles conocimientos fundamentales para colaborar con la escuela y defender la personalidad de las agresiones psicológicas exteriores. Él vio con claridad el peligro de un grupo de padres e hijos vinculados físicamente, pero que no se conocen por falta de diálogo; vio cómo la formación de los pequeños se resiente de la ignorancia y desidia de los grandes.

No menores son las exigencias relacionadas con el pedagogo, quien será sabio, y si no lo fuere reconocerá su ignorancia, porque quienes están persuadidos de que son sabios sin serlo, además del perjuicio que sus sandeces originan al discípulo, generalmente son hombres crueles y petulantes.

⁴ *Instituciones*, I, cap. I, 1.

Nunca alabaremos bastante a Quintiliano por insistir sobre la buena articulación desde la más tierna edad. Esta insistencia que alcanza también al maestro, quien debe corregirse cuando pronuncia viciosamente, es la de un pedagogo conocedor de la relación entre la idea y la palabra, la dicción clara y el trabajo mental, perturbado por la farfulla. El niño que articula mal perjudica al adulto de mañana, pues articular bien es un deber no sólo del orador sino también del hombre culto. Articular bien desarrolla el oído, y más que por los ojos aprendemos por el oído.

5. La escuela elemental

Pensaban muchos que los niños no deben aprender las letras hasta los siete años; pero Quintiliano les hace comenzar mucho más temprano, semejando las lecciones al juego para evitar que las aborrezcan por ser muy apremiados en los primeros años. Entonces los niños son elogiados cuando se portan bien, incitados a la emulación y premiados con prudencia según la edad. El libro primero de las *Instituciones* sostiene una tesis que se anticipa a nuestra época, con la imagen del niño que juega en la escuela con figuras y letras movibles, que aprende mientras se divierte, primera etapa de la educación como juego en la que nada es impuesto al discípulo, cuyo interés y amor por los objetos de su enseñanza lo libera del penoso aprendizaje cotidiano.

Conviene que desarrolle su memoria, pues así de las narraciones adquiere conocimientos, aprende el ordenamiento de ideas y palabras, difícil o imposible de recordar en los asuntos abstractos. Si la memoria ágil del niño no prueba su inteligencia, le permite adquirir y fijar, no sólo un rico caudal de sucesos e ideas, sino también asociaciones de mucha utilidad para conocer y hablar. Pide Quintiliano que las narraciones se trabajen con esmero y el niño discorra acerca de los hechos verdaderos y fabulosos, proponiendo la duda, porque algunos historiadores fingen tanto como los poetas.

“El maestro diestro, encargado ya del niño, lo primero de todo tantea sus talentos e índole”⁵. He aquí otro sabio consejo de gran valor pedagógico. Ignorarlo causa pérdida de tiempo, desperdicio de cualidades, daños por la violencia ejercida sobre una personalidad que se va formando, como si fuera posible alcanzar logros desconociendo las aptitudes. El verdadero pedagogo necesita conocer la naturaleza que manipula, para sacar sumo provecho de las posibilidades del alumno.

Quintiliano recoge la trinidad de los sofistas, para quienes naturaleza, enseñanza y hábito son factores de la educación humana, como lo son en la cultura de la tierra.

La naturaleza sin el arte puede mucho; el arte sin la naturaleza de nada sirve. Si se unen, la naturaleza siempre gana. Mientras que de un campo sin

⁵ *Instituciones*, I, cap. III, 1.

cultivo se puede esperar algún fruto, y rinde mejor con la labranza, una tierra de suyo estéril nada espera del cultivo. Pero esto no significa negar el optimismo pedagógico, pues la educación siempre mejora.

Si bien los oradores consumados nacen de una feliz conjunción de la naturaleza y el arte, como en la mayoría de los seres humanos hay facilidad de discurrir y aprender, las medianías son capaces de cierta capacidad de persuasión, porque no siendo la retórica un arte bella, sino *techné*, se puede aprender, y cualquier hombre mediano aprende a comunicar un mensaje.

Afirmar la primacía de la naturaleza en la formación de los oradores consumados tiene mucha relevancia, porque no se debe pretender la cúspide si uno carece del don verbal de las lumbreras. Yo creo que la sentencia de Quintiliano: "El poeta nace, el orador se hace", quiere decir: El poeta nace, el orador *de talento* se hace; pues el orador de genio no se hace.

Finaliza el capítulo III del libro primero con la reprobación de una costumbre de aquel tiempo.

Las escuelas romanas siguieron la costumbre de azotar a los discípulos, con ignorancia o desprecio de las consecuencias morales de un despiadado castigo, origen de odios y resentimientos. La extrema severidad del maestro no era nada favorable al noviciado. "Una pintura mural encontrada en Pompeya representa una escuela en que un hombre de gran barba pasea con aire grave ante los alumnos, las manos ocultas bajo su manto, el maestro sin duda, que causa

horror a los muchachos. En el otro extremo del cuadro se azota a un alumno, despojado de sus ropas, al cual uno de sus camaradas le sujeta el pie, mientras un personaje alza la vara para pegar”⁶.

Tales castigos eran muy comunes en la antigua Roma. Marcial, quien vivía cerca de una escuela primaria, se queja de no poder dormir por la mañana, pues muy temprano interrumpían su sueño los golpes de vara y los gritos; y mucho tiempo después de Quintiliano, “la escuela resonaba de latigazos”. Pero las *Instituciones* prohíben el azote. “El azotar a los discípulos —dice nuestro sabio educador—, aunque está recibido por las costumbres y Crisipo no lo desaprueba, de ninguna manera lo tengo por conveniente. Primeramente porque es cosa fea y de esclavos, y ciertamente injuriosa si fuera en otra edad, en lo que convienen todos. En segundo lugar, porque si hay alguno de tan ruin modo de pensar que no se corrija con la reprensión, éste también hará callos en los azotes, como los más infames esclavos. Últimamente, porque no se necesitará de este castigo si hay quien les tome cuenta estrecha de sus tareas”⁷.

6. La escuela de gramática

Luego que hubo aprendido a leer y escribir el niño pasa a la escuela de gramática, donde se le ense-

⁶ Boissier, G., *El fin del paganismo*, Madrid, Jorro, 1908, t. I, p. 159.

⁷ *Instituciones*, I, cap. III, 4.

ña el uso correcto de las palabras, la ortografía y pronunciación. La gramática es para Quintiliano algo más que un arte de hablar y escribir con corrección una lengua; ella familiariza con los escritores y oradores, dando preferencia a los antiguos sin perjuicio de los modernos cuando el niño haya formado su gusto debido a la relación con los primeros. Se le debe enseñar a frecuentar los textos clásicos, para que sienta el placer ocasionado por la gran obra creada con su desarrollo de una idea central que la preside, evitando que use la memoria mecánica. Así Quintiliano da un procedimiento que hoy llamamos comprensión de textos, considerado como un hallazgo de la educación moderna según algunos pedagogos.

La lectura tendrá por fin iniciar en las inflexiones de la voz y la buena emisión, necesarias al futuro orador; pero sobre todo prepara la comprensión de las obras insignes en prosa o en verso, fuentes de ideas nobles. “Hágales conocer sobre todo de cuánto sirve la economía de un discurso; la correspondencia de unas cosas con otras; lo que conviene a cada persona; qué se ha de alabar en los pensamientos, y qué en las palabras; dónde cae bien la afluencia, y dónde la concisión”⁸.

Cuando alaba la música, el retórico español eleva su docencia. Para él la música expresa cabalmente la cósmica armonía. Según Pitágoras, el universo fue creado al son de la lira, como lo manifiestan el mun-

⁸ *Instituciones*, I, cap. V.

do animado y el inanimado. Ciertamente la música, sublime armonía de los sonidos, rige nuestra vida biológica, mental y moral, pues la salud es armonía de los órganos y funciones; la sabiduría, el orden jerárquico de nuestros conocimientos y valoraciones.

Quintiliano alaba la música y quiere su enseñanza para desarrollar en el niño su capacidad estética y aplicarla al discurso oratorio. El número oratorio, aplicado por los antiguos retóricos, consiste en el equilibrio de las palabras y frases, de modo que las largas alternen con las cortas, evitando cualquier monotonía impropia del buen discurso, como impropia del orador o escritor es la cacofonía, grave vicio del lenguaje que muchos no saben evitar por falta de sensibilidad auditiva, de oído retórico, que para Cicerón es el juez infalible de los sonidos. Las inflexiones de la voz, el tono más o menos subido, la rapidez o lentitud con que se expresan las ideas y emociones, en una palabra, la pronunciación, es el alma del discurso, su fuerza persuasiva. Por ello dice Quintiliano que no se influye con olvido de los oídos, pues se infringe una ley que rige a la naturaleza misma, sujeta al número y la armonía.

La geometría enseña el orden, cómo de las premisas va deduciendo sus consecuencias; y es útil porque, constando de números y figuras, su conocimiento sirve tanto al orador como a cualquiera que aprendió las primeras letras. “No me paro a decir —escribe Quintiliano— que la geometría se remonta hasta dar razón del mundo, pues enseñándonos con los nú-

meros la regularidad y uniformidad del curso de los astros, nos hace ver que nada hay que sea casual y sin providencia, lo que a veces puede ser conducente en la oratoria. Por ventura, cuando Pericles quitó a los atenienses el miedo que les causó un eclipse de Sol, haciéndoles ver la causa; cuando Sulpicio Galo habló en presencia del ejército de L. Paulo de otro eclipse de la Luna para que no se atemorizasen los soldados, teniéndolo por milagro, ¿no hicieron oficio de oradores?⁹.

Concluye el libro primero con la observación de que los niños pueden aprender muchas cosas a un tiempo. No hay edad que se canse menos y que sea más dócil, tanto en los ejercicios físicos como en los de instrucción y educación. Ello no quiere decir que aprendan todas las menudencias de una disciplina, porque para ellas disponen de mucho tiempo futuro, y enseñarles, por ejemplo, todo el día la gramática sería hacerla fastidiosa.

La esencia del capítulo XI al respecto es que los niños no permanezcan desocupados, y en algunos casos no se apodere de ellos la haraganería. Deben pasar de la lectura a la escritura, de ellas a los ejercicios orales, y al contrario, de tales ejercicios, al juego propiamente dicho, que debe ser también fuente de conocimientos y experiencias.

La desidia natural del hombre, invocada por algunos, no es rémora suficiente, porque lo más pro-

⁹ *Instituciones*, I, cap. IX.

fundo del hombre se inclina hacia las cosas bellas y honrosas. El continuo variar de las materias propias de la educación hace fecundo cada día del niño, y esto es muy valioso para la formación del orador, siempre ocupado en las mejores faenas del espíritu. Quintiliano está persuadido de que los niños y adultos hallan más placer en esas faenas que en los espectáculos frívolos, diversiones necias, conversaciones inútiles, largas comilonas. La señora de todas las artes, la divina elocuencia, la contemplación de aquello que nuestra alma sabe nos da una felicidad que no depende de la fortuna¹⁰.

Así, todo el libro primero conduce a la realización del hombre, cuyo punto de partida es la educación primera. Tal el fin de las *Instituciones*, y bastaba ese libro para darle a Quintiliano un lugar destacado en la historia de la pedagogía. Además ocupa ese lugar como un precursor. La educación científica o pedagogía determina el ideal de hombre, lo que él debe ser; después busca los medios para ese ideal, bien determinado por Quintiliano en sus *Instituciones*. Él enseña los procedimientos pedagógicos para un romano, cuya cultura tiene mayores alcances que los de una formación meramente política. En este sentido se adelanta a nuestra época, y es el primero en penetrar en el alma del niño como el comienzo hacia el hombre culto integrado en un orden social. “Gran parte de la teoría de Quintiliano —dice Dobson— puede parecernos un lugar común;

¹⁰ *Instituciones*, I, cap. XI, 3.

pero tiene un valor práctico permanente. Lo que hace atractiva la primera parte de su tratado es el sano sentido común que la caracteriza, y el hecho de que es superior a cualquiera de sus predecesores en su comprensión de la psicología del espíritu infantil”¹¹.

También se puede reconocer alguna originalidad a Quintiliano. Él demuestra cómo se relacionan el hogar, las escuelas elemental, de gramática y de retórica, que antes de él no eran etapas de un mismo proceso; y demuestra la importancia de la palabra en ese proceso.

¹¹ Dobson, J. F., *La educación antigua*, Bs. As., Nova, 1943, p. 163.